

CAMBIO RAPIDO Y GRATUITO DE  
NEUMATICOS  
**Firestone**  
MANUEL REY  
BETANZOS: EL FERROL:  
Magdalena, 8 Av. Generalísimo, 209

# La Voz de Galicia

DELEGACIONES:  
FERROL: Canalejas, 8 - Telf. 351476  
SANTIAGO: Doctor Teijeiro, 5 - Telf. 594809  
LUGO: Buen Jesús, 2 - Telf. 211070

VIGO: José Antonio, 62 - Telf. 223311  
ORENSE: Santo Domingo, 39 - Telf. 216454  
CARBALLO: Desiderio Varela, 18 - Telf. 65  
PONTEVEDRA: Cobián Roffignac, 2 - Telf. 851777

LA CORUÑA  
MAYOR DE LA SAGRA, 11  
TELÉFONO 23.234

PERILLO  
CAMBIO RAPIDO Y GRATUITO  
TELÉFONO 23.474 Extensión 249

**firestone**  
VENTA-EMPALMES SINFIN-REPARACIONES-etc.  
**NEUMATICOS RIERA**

O ESPELLO NA MAN

## NUESTROS GRANDES MEDICOS

Por VICTORIA ARMESTO

Estoy muy agradecida a la Academia de Medicina de Santiago porque, al pedirme hace dos años que les diera una conferencia, me obligaron a interesarme por los grandes médicos de nuestra región.

En primer término descubrí la existencia de Varela de Montes, figura revelada a través de los antiguos textos y de la hermosa prosa de don Ramón Otero Pedrayo. Uniendo pacientemente los conocimientos dispersos, fue naciendo en mi mente, con mucha claridad, la figura del extraordinario médico y escritor del que arranca la moderna escuela de Medicina santiaguesa.

Varela de Montes era monárquico, piadoso, de derechas, frío y triste. Hombre profundamente melancólico formado en la escuela del suizo Zimmermann, el apóstol de la Soledad.

Don Roberto Novea Santos era exactamente lo contrario de Varela de Montes: republicano, heterodoxo, de izquierdas, ferviente apasionado.

Don Roberto en nuestro tiempo para la generación anterior a la nuestra representó lo mismo que en el siglo pasado Varela de Montes.

Adquirí también grandes conocimientos acerca de otra figura singular de la Medicina gallega, sobre el Médico Rodríguez, que

me fascinó, y también me fascinó el Doctor Amigo.

En mi infancia nunca había oído hablar del doctor Varela de Montes, y la cosa no deja de ser curiosa, pues entre mi familia y la suya existía un remoto parentesco y nos tratábamos como de parientes con don Luis Varela Paz, el último descendiente del famoso médico, quien vivía en una vieja casa de la calle de Tabernas y al que visitábamos con alguna frecuencia.

Don Luis Varela era hombre muy fino, un poco triste como su abuelo.

—O—

No llegué a conocer personalmente a don Roberto Novea Santos, ni al Médico Rodríguez, ni al Doctor Amigo, pero siento haber servido a modo de espíritus benignos que protegieran nuestras vidas.

La magia del Médico Rodríguez, el recuerdo de aquel gran y extravagante curador que fue Amigo, todavía perduran en el tiempo de mi infancia.

Como yo misma fui una criatura enfermiza, los primeros años de mi vida estuvieron tutelados por la presencia médica de don Enrique Hervada. Por mucho que viva nunca podré olvidarme de aquella gran personalidad, de aquel corazón generoso, de aquella cordialidad ilimitada...

Cuando don Enrique aparecía y me tomaba el pulso, por mucha fiebre que tuviera me sentía inmediatamente aliviada. Hallándose este gran médico a la cabecera uno se sentía siempre a salvo; era como si hubiera trazado en torno al lecho un círculo mágico dentro del cual no podrían penetrar las fuerzas destructoras. La misma seguridad, según me dicen, se desprendía de los otros grandes médicos ya citados. Y una muy semejante humanidad.

Del Doctor Amigo se contaban sus éxitos, salpicados con la historia de sus extravagancias. Algunas gentes incluso llegaron a sentirse ofendidas, como le pasó a un tío abuelo mío que se llamaba don Diego. Este señor le llevó un día a su hija que sufría de una erupción en la cabeza. Fue don Diego a la consulta con su esposa y la niña, que tenía unas hermosas trenzas de las cuales tanto ella como sus padres estaban muy orgullosos.

Después de haberles hecho esperar por haber asistido a dos misas en los Jesuitas y después haber estado «herborizando» por Santa Margarita, el Doctor Amigo les recibió en su consultorio, que estaba presidido por un loro.

El Doctor Amigo, tras reconocer a la niña, sacó unas tijeras muy grandes.

—Mamá, no quiero que me cor-

ten las trenzas —gritó la niña, que estaba muy mimada.

Los padres se hicieron eco de la repugnancia. (Cómo se iba a quedar aquel angelito pelona! ¡Cómo iba a perder la suave mata de cabellos dorados!)

El Doctor Amigo, sin hacerles caso, seguía empeñado en cortarle el pelo: don Diego, la señora y la niña en que no; el Doctor Amigo que sí; que no, que sí, que no, que sí... al fin, el médico soltó las tijeras y señalándoles la puerta les dijo airado:

—Con un padre tonto, con una madre débil y con una niña mal educada no hay nada que hacer; ahora mismo fuera de mi consulta, fuera...

Del disgusto a don Diego y a su señora se les descompuso la barriga y pasaron una noche malísima. Luego, al parecer mi abuela, les consoló diciéndoles que desgraciadamente se estaba perdiendo mucho la educación, porque aquel mismo día, yendo ella en su coche y el señor tal (un burgués de La Coruña) en el suyo, «les había adelantado» por el camino de Oleiros, y en cuanto al Doctor Amigo había que perdonarle por ser tan buen médico...

—O—

Otra señorita contrapariante fue también a consultarse con el Doctor Amigo, quien le dijo:

—De modo que es usted hija de doña Felipa; pues le diré que su madre y la condesa de San Juan son un buen tiro para la carriola...

«¡Qué horror!» «¡Pero qué cosas dice el Doctor Amigo!» «¡Doña Felipa, usted tiene que sentirse muy ofendida!» «¡No, a mí me es igual, como no se ofenda la condesa de San Juan!»

Y entonces se contaba la historia de aquel viajante que estaba de camino para el extranjero y se encontraba en un pueblo donde había un estómago y después de haberse consultado con tantos médicos fue al Doctor Amigo, quien, tras reconocerle, le dijo:

—Córtese los bigotes.

—¿Qué me corte los bigotes! —se horrorizó el paciente, que los tenía largos y lucidos con las puntas para arriba...

Pero, al fin, se los cortó y curó de sus males. ¡porque era el tinte del bigote lo que estaba estropeando el estómago!

Otra historia que gustaban contar era la de aquella enferma que llevaba años sin hablar y a la cual el Doctor Amigo casi la tira por las escaleras llamándole «mala mujer» y cosas aún peores...

Y la enferma, del susto, recuperó el habla y se puso a gritar.

—O—

El Doctor Amigo era un poco brujo. También se sentía una cierta magia en presencia de Novea Santos. Estos días he estado revisando, ampliando, y armando con el material bibliográfico mi estudio y varias veces sentí su magia apoderarse de mí.

Estos grandes médicos han muerto, pero su recuerdo aún sigue vivo en nuestros corazones.

MURGUIA Y ORENSE

## EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE

Por Julio-Francisco Ogando Vázquez



DON MANUEL MURGUIA Y EL POETA REY SOTO

EL 2 de febrero de 1923 hace ahora 50 años, se apagaba dulcemente aquella luz del espíritu que alentó en el diminuto cuerpo de don Manuel Murguía.

Al conjunto de esta efeméride, hito señero de la historia del pensamiento gallego, queremos evocar desde nuestro ángulo geográfico las vinculaciones que el gran historiador y maestro inspirador de altas y nobles empresas guardó con las tierras y los hombres de Orense. De sobra sabemos que Murguía no puede ser mutilado pretendiendo encerrarle en el estrecho marco de una provincia, precisamente por su visión integradora de Galicia, tanto en su personalidad histórica como en su contorno geográfico. Nuestra apasionada y puntual glosa no pretende semejante desatinado fragmentario. Aspira, en su limitado vuelo, a encender desde estas cumbres de la Galicia interior una llamarada en su recuerdo, esperando que otras lumbres más poderosas se levanten en todos los rincos de Galicia, de la metropolitana y de la de ultramar, y a que otros ingenios, entre tantos como hoy brillan en el firmamento de nuestra cultura, recuerden al glorioso patriarca cuya obra y vida estuvieron por entero consagradas a la exaltación de nuestras glorias.

Sin duda alguna el contacto inicial más digno de ser recordado es el de su amistad con Eduardo Chao, natural de Ribadavia, de notoria influencia en la vida política y literaria madrileña. Fue el elegido por el destino para su presentación a Rosalia, en Madrid, un año antes de que el historiador y nuestra poeta más representativa unieran sus vidas en 1858. Dos años antes, cuando el otro hermano Chao, Alejandro, fundó «La Oliva», de Vigo, llamó a Murguía, que no pudo aceptar por retener en Madrid su labor literaria;

pero, en 1862, resistiendo ya en La Coruña, don Manuel era redactor de este periódico. Más tarde, el propio Chao le confiará la dirección de la «Ilustración Gallega y Asturiana», en unión de Balbín de Unquera, representante de Asturias.

Más difícil resulta puntualizar la presencia física de Murguía en Orense y en algunos de sus lugares más importantes. Sin entrar en pormenores, está acreditado su paso por ellos, según veremos. Hay constancia del anuncio de una de sus visitas en mayo de 1876, al regreso de su viaje a Portugal, vía Lisboa y Madrid. Recordando las bellas páginas de su magnífico libro «Galicia» (Barcelona, 1888) puede extraerse una de las más hermosas antologías de la geografía literaria orensana. Resultan particularmente gratas sus visiones de Celanova, San Esteban de Ribas de Sil y San Pedro de Rocas, que hacen recordar las páginas de la condesa de Pardo Bazán, que por cierto no gozó de la estimación de Murguía.

Si de la visión artística y paisajística orensana pasamos a su historia, encontramos que Murguía se hace eco de nuestra presencia en los annales de la historia regional a través de su inconclusa «Historia de Galicia». Don Manuel poseyó el manuscrito de la «Descripción de Galicia» de los hermanos Fernández de Boán, en Amoeiro; se hace eco de las depredaciones realizadas por el canónigo Carrera en el archivo catedralicio y valora la labor histórica del padre Alvarez Sotelo y de Castellá Ferrer. Resultan de sumo interés sus reiteradas referencias a la Laguna Antela o sus alusiones al Voto de Santiago en relación con las villas y las jurisdicciones del Ribeiro, por citar sólo algunos ejemplos, tal vez nimios, pero evidenciadores del conocimiento en cierto modo minucioso de la presencia orensana en la cauda-

losa erudición de nuestro primer historiador.

Brillante y altamente representativa es la galería de sus amigos orensanos. En esta nómina habrá que incluir, en primer término, a los muertos. Esto es a aquellos con los cuales Murguía no pudo tener trato personal. El orensano más admirado, sin duda posible, fue el padre Feijoo, cuya semblanza figura en su «Diccionario de escritores gallegos» (Vigo, 1862). El «Diario de Santiago» de primero de abril de 1876 censura el concurso abierto por «El Herald gallego» de Orense, para premiar la mejor biografía del padre maestro, por considerar que ya estaba hecha por Murguía. La protesta del diario compostelano debió de surtir sus efectos por cuanto el álbum literario «La aldea de Casdemiro», publicado aquí mismo año por «El Herald» se cierra con la biografía a Feijoo dedicada por Murguía en su «Diccionario». En sus mismas páginas destacan la estimación en que tenía a Fray Francisco de Araújo, dominico, nacido en Verín hacia 1580, y a don Mauro Castellá Ferrer, tan puntualmente estudiado por Ferro Couso en nuestros días.

Entre sus contemporáneos destaca el particular afecto a Curros, no sólo por ser el primer presidente de la asociación iniciadora y protectora de la Real Academia Gallega, sino por afinidades y hechos anteriores. Murguía participa en el homenaje que se le rinde al autor de «Alred de miña terra», antes de partir la segunda vez para Cuba, y figura en la presidencia del entierro de Curros. Murguía había sido el confidente del drama del poeta de Celanova en la Habana, acusado de traidor, (sin patria, sin familia, sin amigos), después de pelearse con el Centro gallego y de que «Tierra gallega» se quedase sin suscriptores porque Curros, subdirector, era partidario de que se le concediese a Cuba la autonomía. La amistad de Murguía con Lamas Carvajal tiene, en cambio, sus incidencias. Discurre normalmente, con acentuada admiración por parte del Homero orensano, según puede acreditarse por las páginas de «El Herald Gallego» del año 1876, en las que igual se publica el poema rosaliano «No tempro» (del libro inédito «Follas Novas») que se da noticia del proyectado viaje de Murguía. Se quejaba dos años después a causa del juicio duro e injusto del patriarca sobre «Desde la reja» y la larga y apasionada crítica de «Espías, follas e flores». La causa de tal antipatía habrá que buscarla en los préstamos evidentes que Lamas Carvajal tomó de Rosalia. Ello tenía que doler ciertamente a Murguía que tanto había contribuido a la gloria literaria de la compañera de su vida, «aquella a quien los cielos» —escribe por oposición al prosaísmo de Lamas— concedieron una inspiración real y efectiva y una forma que todavía no ha sido superada. Sólo 29 años más tarde rectificaría Murguía tan duros conceptos, al contestar al discurso de ingreso en la Academia Gallega de Parga Sanjurjo, muerto ya Lamas.

Muy anterior es su correspondencia con Saco y Arce, autor de la «Gramática gallega» (1868), cuyo epistolario fue publicado por Varela

(Pasa a la PENULTIMA)

## REYES MAGOS

por EDUARDO PEREZ HERVADA

UNA de las primeras cosas que se les enseña y aprenden los niños de los países católicos, es la llegada de los Reyes Magos procedentes de Oriente, con juguetes y premios para los buenos y carbonos, equivalentes al castigo, para los malos, abandonados por sus generosos y justicieros majestades en vista del mal comportamiento demostrado durante los meses anteriores. Y el hecho, rodeado de fastuosidad, de fantasía, de imaginación, montados sobre caballos, camellos y dromedarios, ahitos de joyas, juguetes, objetos prácticos, transportados en abundantes paquetes por Gaspar, Melchor y Baltasar, capaces de colarse chimeneas abajo, cruzar los cristales sin romperlos ni mancharlos, y conocer los planos de todas las casas visitadas, en el mismo día, en la misma hora, y en el mismo momento incluido el orbe entero, mostrando un imposible don de ubicuidad sólo admitido en las irreflexivas mentes infantiles, cosa demostrativa de que agrada creer en lo increíble cuando lo increíble alimenta los sueños posibles de tornarse realidades, constituye fuente de ilusiones y hace esperanzarnos con la satisfacción de un cumplido deseo.

Pero además nos indica y comprueba nuestra dependencia del Este, desde el sol naciente hasta las normas individuales, desde el saber hasta los fundamentos de nuestro comportamiento. Y asimismo nos muestra que las civilizaciones y las culturas caminaron y caminan de la derecha a la izquierda, si la posición adoptada por cada individuo mira al norte.

En las tierras se excava y se buscan datos donde asentar el presente. Y también se profundiza en la estela de los creadores, de los espíritus selectos, en los firmes hitos del arte pretérito, en los brotes instintivos, en el léxico escondido en lo inconsciente, en lo conocido hogano, y en las añejas influencias de la contextura actual de vida y costumbres. Y encontramos la acupuntura, método prehistórico incorporado a la terapéutica moderna, la resignación y el aguante y las técnicas soteriológicas, la unidad del hombre opuesta a la dualidad de cuerpo y alma todavía vigente en determinados sectores, la inexistencia o negación de la materia ensalzada por la «Christian Science», y las contrariedades consideradas etiología en la dogmática medicina china. A veces surgen y se manifiestan en formas conocidas en el mundo de los primitivos envueltos en naturaleza mitológica. Al decir de Jung existen símbolos en la magia primigenia acusadores de la totalidad psíquica, más o menos abstracta, y el Oriente conoce desde antiguo tales representaciones simbólicas. Suelen llamarse «mandala» o «círculo mágico»,

si anhelamos una traducción adecuada, con gran expresión de auténtica belleza exaltada en el budismo tibetano. Las imágenes mandalas elegidas instrumentos de contemplación constituyen parte del yoga tántrico. Dicha variedad de mandalas aparentan imágenes de aquel camino central, tan entre los orientales, y disposición conciliatoria de los contrarios, entre los occidentales. El practicante yogano anhela sentirse desligado de los objetos, mientras intenta buscarse en el apaciguamiento y coordinación de lo opuesto. De modo que el germen de ayer se ha convertido en fruto hoy. Por ejemplo atodos los hombres son iguales; «el mundo que los sentidos nos ofrecen, no existe, es irreal»; «cada ser es responsable de su destino», y «el Karma es la ley inexorable y la responsabilidad es la ley de la conciencia».

La práctica del yoga, existente en la India desde tiempo inmemorial, sirve para adquirir dominio sobre el cuerpo físico y la mente, concentrar a voluntad el pensamiento, y someter el soma a la dura férula psíquica. Brota entonces la idea del alma cósmica reflejada en el alma del hombre. Se descubre el Atman, sustancia eterna no sujeta a disminución ni aumento sino al cambio. Se admite el dios de los Upanishads, ese yo subsistente en la eternidad sin principio ni fin. Se afirma que el individuo no se distingue por el traje, ni los ritos, ni el nacimiento, ni cosa ajena a los propios méritos. Se taxonomizan cuatro actitudes diferentes y posibles frente al dolor: su negociación, su aceptación, su disimulo y su vencimiento. Un sectario budista no haría nada para aliviar sus propios males ni los males de su prójimo, pues los principios estatuidos no se alteran para seguir estrictamente su ley, descartándose, de atenerse a las normas, la higiene y aún la medicina más elemental. Quienquiera que haya penetrado en la secta de Mary Baker Eddy conoce la permanencia y estabilidad de módulos acatados todavía en países occidentales de civilización comprobada. Igual aplicaríamos al principio de Lavoisier, formulado miles de años antes —escribe Juan Marin— por los iniciados arios al pie del Himalaya. Y añadiríamos que muchas teorías de raigambre psicoanalítico surgieron en lejanos siglos del misterioso y distante Oriente.

Y allá en el fondo, muy en el fondo; en la distancia, muy en la distancia, y en lo escondido de nuestro ser, muy en lo escondido, nos sentimos influidos por residuos ancestrales y activados en cierta manera de comportarnos, de apreciar las circunstancias, y de reaccionar a las incitaciones reibidas.

No se olvide que la luz solar llega a nosotros por el camino oriental.

